

## DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD (C)

### ***¡Gloria, alabanza, honor y acción de gracias a la Santísima Trinidad, al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo, por toda la eternidad!***

*Estamos invitados a celebrar la solemnidad de la Santísima Trinidad en este domingo inmediatamente después de haber celebrado Pentecostés o la Venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles el domingo pasado. Ciertamente nuestra vida cristiana comienza con la más sencilla y breve oración que acompaña la señal de la cruz sobre nosotros mismos cuando decimos “En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Ya nuestro bautismo se realizó con la maravillosa fórmula: “Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, la que fue pronunciada por el sacerdote que nos introdujo en ese secreto misterio que fue “hacernos hijos de Dios” sin que lo pidiéramos como acontece con la vida misma. Así como nadie eligió nacer ni venir a este mundo, ya que somos fruto del más puro amor incondicional de un Dios escondido, tampoco somos cristianos porque nosotros elegimos serlo. Somos gratuidad en todo sentido. Recibimos la vida humana sin pedirla ni merecerla y recibimos la vida divina como regalo de Aquel que nos llamó a vivir y a creer. Esta oración tan breve es como un resumen apretado de nuestra fe, ya que la Trinidad es el misterio central en el que creemos, el misterio de Dios. Así expresamos nuestra fe en Dios uno y trino. Pero también la Trinidad está al final de nuestras plegarias con la alabanza que de tanto repetirla puede gastarse y repetirse ya sin darnos cuenta de lo que expresamos. Es el acostumbrado “Gloria al Padre al Hijo y al Espíritu Santo”. Nuestra vida y nuestra oración están enmarcadas en el ámbito trinitario. Sin embargo, hay que reconocer que para muchos cristianos este misterio se les hace extraño o simplemente no lo integran en su experiencia humana y religiosa. Un contacto más asiduo con la Palabra de Dios, verdadera fuente de la fe verdadera, nos permite no sólo pensar en Dios sino entrar en su misterio de comunión y amor. Porque nuestro Dios no es un ídolo mudo sino el Dios Vivo tiene la fuerza del amor para crear y redimir a sus criaturas. Es apasionante contemplar el misterio trinitario desde la vertiente del don, es decir, desde la donación y la aceptación sin reservas. En la Trinidad hay comunión e igualdad de personas porque hay plena y total donación entre las divinas Personas. El Padre comunica al Hijo la naturaleza divina por la donación que hace e el Padre de sí mismo al Hijo, ambos la comunican al Espíritu al espirarle como persona distinta por el amor entre el Padre y el Hijo. Por eso decimos que el Espíritu procede del amor del Padre y del Hijo. Precisamente por la comunión que hay entre las personas divinas, nada de lo que tiene una dejan de tenerla las otras. Toda la plenitud del ser divino que está en el Padre, está también en el Hijo por ser imagen perfecta del Padre; y está en el Espíritu porque éste procede de la efusión de amor entre el Padre y el Hijo. Y así como la imagen del Padre que es el Hijo, es Dios como el Padre, también lo es la efusión del amor entre Padre e Hijo que es el Espíritu Santo. Y porque los tres tienen la misma naturaleza divina, son iguales quien engendra,*

*quien es engendrado y quien es espirado. La contemplación del misterio de Dios nos deja anonadados porque Dios es fuente del ser, de la existencia, del amor. Sabemos por la divina revelación, que todo en la Trinidad Santísima es don. Si Dios es amor como señala San Juan, porque es don, ha de ser comunión. Entonces debemos ver en la comunión de las tres divinas personas el estilo o modelo de amor que nosotros debemos vivir, si queremos ser semejantes a Dios. Pero todo esto pasa por una condición fundamental: entrar y vivir en una relación de amistad con Jesús y así descubriremos el misterio del amor de Dios que es comunión.*

#### **PALABRA DE VIDA**

**Prov 8, 22-31 Yo estaba junto a él, como confidente**

**Sal 8, 4-9 ¡Señor, nuestro Dios, qué admirable es tu Nombre en toda la tierra!**

**Rom 5, 1-5 Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestro corazón por el don del Espíritu Santo**

**Jn 16, 12-15 Todo lo que tiene el Padre es mío**

Celebramos la solemnidad de la Santísima Trinidad que, como afirma el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, es “*el misterio central de la fe y de la vida cristiana*” (44). Desde nuestro inicio cristiano estamos marcados por el misterio de la Santísima Trinidad, porque “*los cristianos son bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*”, como nos lo recuerda el evangelio de Jesús. Y la palabra clave de esta realidad divina es la palabra *misterio*, vocablo que está muy lejos de referirse a una realidad oculta y tenebrosa como usamos la palabra en el mundo cotidiano. Dios es un misterio en el sentido que es inefable, infinito, omnipotente, perfecto, eterno. Podemos conocer algo de Dios porque él mismo se da a conocer, él se manifiesta libre y gratuitamente. Y se revela como el Creador de todo lo que existe y del hombre creado a su imagen. Dios es el Ser espiritual, trascendente, personal y perfecto. Él es la verdad y el amor mismo. El misterio, cristianamente entendido, se refiere a una Realidad existente por sí misma y dadora de vida a la creación y a los hombres. No inventamos a Dios ni siquiera se nos ocurría imaginarlo. Dios ES, existe desde toda eternidad y para siempre. El hombre, mediante su razón humana, puede descubrir las huellas de la Trinidad en la creación y en la Sagrada Escritura, pero no puede por sí solo entrar en la intimidad de su ser como Trinidad Santa, ya que constituye un misterio inaccesible a la sola razón humana. Para ello, es indispensable el misterio de la encarnación del Hijo de Dios (la segunda persona de la Trinidad) y del envío del Espíritu Santo (la tercera persona de la Trinidad). **El misterio de Dios Uno y Trino ha sido revelado por Jesucristo, y es la fuente de todos los demás misterios.** De aquí la centralidad absoluta de aceptar por la fe a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, Hijo del Padre y Redentor del hombre. Hoy, pues, adoremos y bendigamos la Trinidad Santísima, plenitud eterna de nuestra vida y del mundo.

Con la Palabra de Dios, palabra reveladora, renovemos nuestra adhesión de fe y de amor al Dios Uno y Trino que proclama nuestra fe junto a la multitud de los creyentes de todos los tiempos.

### **Del Libro de los Proverbios 8, 22- 31**

Una de las joyas de la literatura sapiencial del Antiguo Testamento es el llamado libro de los Proverbios. Es el mejor ejemplo de este género literario. Bajo la palabra “proverbios” se entiende un conjunto de colecciones de enigmas, sentencias, aforismos, refranes, adagios e instrucciones con sello ético, con los cuales se trasmite una sabiduría popular acumulada por siglos. Se expresan en dos binomios las enseñanzas: “sabio – necio” y “honrado – malvado”. Es un escrito anónimo, una colección de varios siglos, imposible de precisar con fechas y autores.

El texto de la primera lectura de hoy está tomado del capítulo 8 en que se presenta la Sabiduría como una personalidad que hace su discurso. Subraya este capítulo la sensatez de la Sabiduría. El texto de esta primera lectura se refiere a los orígenes donde se subraya su autoconciencia de ser una creatura como las demás del universo. Así dice el texto: *“El Señor me creó como primera de sus tareas, antes de sus obras”* (v. 22). La creación de la Sabiduría precedió a la creación de todas las cosas porque *“desde antiguo, desde siempre fui formada, desde el principio, antes del origen de la tierra”* (v.23 y ss.). Pero la Sabiduría acompaña al Creador en su obra creadora. Así lo señalan claramente los versos finales del texto: *“Yo estaba junto a él, como confidente, yo estaba disfrutando cada día, jugando todo el tiempo en su presencia, jugando con el mundo creado, disfrutando con los hombres”* (vv 30-31). La Sabiduría está presente antes de la creación y es ofrecida por el Creador al resto de sus creaturas, razón por la cual los hombres la buscan y pueden seguir sus caminos.

**Salmo 8, 4-9** canta la grandeza de Dios y la dignidad del hombre mediante una contemplación de la asombrosa obra que Dios plasmó en la creación. La atención se centra en el ser humano donde resalta su pequeñez ante la magnitud de lo creado por una parte pero por otra la incomparable dignidad que posee frente a cualquier otro ser creado, de tal modo que todo queda bajo su dominio, “bajo sus pies”.

### **De la carta a los Romanos 5, 1- 5**

Estamos ante una carta doctrinal de peso teológico indiscutible que la distingue del resto del conjunto de escritos de San Pablo. Si Pablo es el “apóstol de los paganos” parece lógico que una carta a los cristianos de Roma, cuya comunidad no había fundado ni conocía, puede tener su justificación si pensamos que Roma era la capital del imperio romano, cabeza del mundo pagano, donde el Evangelio de Cristo fue ganando adherentes. Esta magnífica Carta fue escrita con toda probabilidad desde Corinto en el tercer viaje misionero de San Pablo hacia los años 57 – 58 de nuestra era cristiana. El carácter doctrinal de la Carta obedece a la necesidad de clarificar muchos aspectos que provocaban tensiones al aumentar los conversos procedentes del paganismo. El que se hicieran cristianos bautizándose no suponía que su anterior mundo religioso fuese del todo superado o abandonado. Muchos de ellos seguían sus antiguos ritos y costumbres a pesar de haber recibido el bautismo.

Hoy, la segunda lectura está tomada del capítulo 5 de Romanos. Con este capítulo se da inicio a otra sección de la carta. La palabra clave de esta parte es la justificación o salvación mediante la fe. Ya no habla de la justicia divina como en los capítulos precedentes sino del amor. El versículo 5 representa el núcleo del texto de la segunda lectura de hoy. Así dice: *“Y la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestro corazón por el don del Espíritu Santo”* (v. 5). Ya no alcanzamos la salvación o justificación ante Dios por las obras de la ley sino “por la fe”. El fruto de la justificación por la fe es la paz con Dios. Prestemos atención al texto: *“Pues bien, ahora que hemos sido justificados por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de Jesucristo Señor nuestro”* (v. 1). Nótese el “ahora” que el Apóstol usa para señalar que lo que va a exponer se refiere al presente de nuestra vida diaria. Ahora ya poseemos el don gratuito de Dios por medio de Jesucristo, es decir, vivimos como “justos” o como cristianos “justificados por la fe en Jesucristo” y no por las obras. La expresión “estar en paz con Dios” se refiere a la posesión y el goce que se experimenta en la vida misma del amigo, es un vivir la vida del amigo. Es lo que ha pasado con la resurrección de Cristo que nos ha comunicado su vida ya “ahora” y la vivimos en intimidad con Él. “Estar en paz con Dios” equivale a “gozar la vida del resucitado” en el lenguaje de San Pablo. Así el sujeto de esta realidad actual es la comunidad cristiana. Es ahí donde se vive la vida nueva, la gracia divina en Cristo. Y donde está la paz o vida nueva resucitada surge la esperanza. Así dice: *“Y de la fe firme brota la esperanza. Y la esperanza no quedará defraudada”* (v. 4s). La paz es la promesa, prenda y garantía de un futuro de gloria y de resurrección, igual como Jesucristo, que Dios nos tiene preparado. No es un sueño, una pura utopía o quimera de cualquier futuro sino del único futuro que queda garantizado desde “ahora”, en el presente que vivimos los cristianos por Jesucristo. Paz y esperanza, dos realidades que hablan de plenitud no sólo humana o psicológica sino de vida nueva, de amor que el Espíritu Santo testimonia desde lo más hondo del hombre por la fe.

#### **Del evangelio según san Juan 16, 12-15**

El breve pasaje del evangelio de San Juan, con que culmina la proclamación de la Palabra de este domingo de la Santísima Trinidad, está inserto en una sección más amplia que se refiere a la obra del Espíritu Santo (Jn 16, 6-15), profundamente vinculada a la partida de Jesús al Padre, *“si no me voy, no vendrá a ustedes el Defensor, pero si me voy, lo enviaré a ustedes”* (v. 7). Estamos ante el tercer discurso de despedida de Jesús de los discípulos. En la primera parte del discurso, 16, 4b – 15, ofrece el mejor remedio para el estado que invade a los discípulos: *“Lo que les he dicho los ha llenado de tristeza; pero les digo la verdad: les conviene que yo me vaya”* (v. 6 – 7). El Paráclito o Defensor es guía profético en la completa verdad, en el sentido que muestra el sentido verdadero de la “victoria” del príncipe de este mundo sobre Jesús al llevarlo a la muerte de cruz; el mundo parece haber triunfado dando muerte a Jesús pero el Espíritu revela a los creyentes que la muerte no es el final de Jesús sino su partida a la casa del Padre, su victoria. Es el resucitado que da la vida y la da en abundancia. Es el Espíritu Santo que mostrará a los creyentes el verdadero orden de lo acontecido con Jesús, es decir, que crean en el Enviado del Padre. Es lo que realiza

gracias a la comunidad creyente. La comunidad discipular es la mejor prueba a favor de Jesús vencedor de la muerte. Es el Espíritu Santo el que mostrará la relevancia de la historia de Jesús para comprender las situaciones nuevas y oscuras que enfrentarán los discípulos. De este modo, la historia de Jesús es fuente y referente de todo discípulo en el proceso de releer esa historia con el Espíritu Paráclito; es un quehacer grupal, continuo e iluminador. El Paráclito es garantía de veracidad, de la asistencia de Jesús, de su nueva manera de “hacerse presente” al dejarlos y volver al Padre, precisamente por ser enviado de Jesús y del Padre; de aquí que la tarea del Espíritu respecto a Jesús sea idéntica a la de Jesús respecto al Padre.

El Paráclito nos introduce plenamente en el misterio de Jesús muerto y resucitado. *“Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, los guiará hasta la verdad plena. Porque no hablará por su cuenta, sino que dirá lo que ha oído y les anunciará el futuro”* (v. 13). Y a través de Jesús y en Jesús nos introduce en la comunión con el Padre: *“Todo lo que tiene el Padre es mío, por eso les dije que recibirá de lo mío y se lo explicará a ustedes”* (v. 15). Así descubrimos el misterio de Dios sólo si recibimos el Espíritu Santo, enviado en nombre del Padre y del Hijo.

Un saludo fraterno y que tengan un buen domingo. Fr. Carlos A. Espinoza I., O. de M.